

NOVELA

# El paraíso perdido de Fulgencio Argüelles

**Mi escritor favorito publica su mejor novela, una recreación bellísima y ensoñada de su infancia y de la herida que nos supone el paso a la adultez**

DAVID UCLÉS

Tengo dos escritores predilectos: uno murió, José Saramago, y el otro acaba de publicar su última –y mejor– novela, Fulgencio Argüelles. ¿Qué dicha que ambos sean iberos!

Fulgencio, para quienes no hayáis oí-

do hablar de él –este año de gira no dejó de nombrarlo y, por desgracia, no todos lo conocían–, es un escritor al que hace varias décadas, cuando vivía en Madrid, le advirtieron que, si se mudaba a su Asturias natal, le sería más difícil alcanzar la fama. Pero menos mal que decidió irse, porque su literatura necesitaba ser bordada en el suelo de sus antepasados. Su decisión dice mucho de él como persona y también de su verdadero amor por la escritura, uno constante y ajeno al ruido.

Sus libros evocan un mundo rural que, día tras día, está dejando de existir. Argüelles recrea los días de infancia como nadie, y los permeabiliza para que lleguen al corazón de los lectores. ¿Por-

que él mismo no sabe escribir sin el corazón!

*“Me gustaba observarlo todo, porque observar era como viajar y también era como vivir.”*

Fulgencio es un arqueólogo de la memoria. Un niño en un cuerpo adulto que se acuerda de todo; que heredó de su padre el buen humor, la generosidad y la creatividad, cuya prosa hace de puente entre el lenguaje elaborado del siglo pasado y el actual que tiende hacia la economía más pulida y bella, y es un ser sabio, que es, según decía su propio padre, aquel que entiende a los otros sin excepción alguna.

Traza con las palabras imágenes hermosísimas en las que se detiene el reloj; enumeraciones de lugares y gentes que el tiempo ha fulminado (vecinos, campesinos, alumnos, curas, mineros, huérfanos, molineros, sastres...). Imágenes rayanas entre el sueño y la realidad tejidas en cierto realismo mágico. No sé si es posible distinguir entre imaginación y memoria, dice el autor.

Así, encontramos niños que hacen

zumo con unas moras y, con los bozos morados, imitan a los borrachos; un burro de color hojalata; el calcio que sabe a barro y el hierro que huele al agua de las minas; las golondrinas que construyen sus nidos con paja y trozos azules de cielo; la vieja borracha que derrama por el camino la leche recién ordeñada...

*“Con la primavera el cielo se alejaba de los tejados. Se iba lejos para que los pájaros tuvieran más espacio para volar.”*

Su novena novela, que recién acaba de publicar Acantilado, se titula *El desván de las musas dormidas*. Un *bildungsroman* autobiográfico que describe el viaje emocional que sufrió Fulgencio de niño a adolescente. Para ello, traza un mapa de sus recuerdos más preciados, pero también de una tierra triste que ya no existe, y de aquellos que habitaron los pueblos muertos hoy.

*“Ya nadie pinta con el bolígrafo relojes en las muñecas.”*

La obra más célebre de Fulgencio se titula *El palacio azul de los ingenieros belgas*. Era mi preferida hasta que leí esta. Mientras que en *El palacio* se ayuda de los recuerdos para sostener una ficción, en este caso conforman sus recuerdos la historia misma. En ambos casos, eso sí, el personaje principal es un niño inocente y preguntón:

*“Le pregunté a mi padre si un día dejaríamos de respirar.”*

*“Le pregunté a mi abuela si los muertos seguían cumpliendo años.”*

Sin desstriparos nada, os confesaré que el final del libro me afectó tanto que me dejó con un llanto que todavía me dura. Es impresionante.

En *El libro contra la muerte*, Canetti dice que desenroscaría los tornillos del ataúd de su madre con los dientes si fuera necesario para salvarla de la muerte. Después de leer este libro, que es la carta de amor más bella que he leído nunca de un hijo a un padre, ¿qué no estaría dispuesto Fulgencio a hacer para volver a la infancia?

Fulgencio, espero que, cuando visite tu pueblo, vea el laurel que tu padre plantó cuando naciste, y que sigas dándonos a leer la artesanía que confeccionas con tus recuerdos. /

Fulgencio Argüelles  
**El desván de las musas dormidas**  
Acantilado  
344 páginas  
24 euros



El escritor asturiano en una fotografía de archivo

## Regreso a Asturias

Fulgencio Argüelles nació en 1955. Después de una larga estancia en Madrid, donde estudió Psicología, regresó a Cenera, Asturias, el lugar de su infancia y juventud. Su primera novela, *‘Letanías de lluvia’*, recibió el premio Azorín en 1992. Desde entonces ha publicado diversas novelas, entre las que cabe destacar *‘Recuerdos de algún vivir’* –premio Principado de Asturias en el año 2000–, *‘El palacio azul de los ingenieros belgas’* (Acantilado, 2003) –premio Café Gijón–, *‘No encuentro mi cara en el espejo’* (Acantilado, 2014), *‘El otoño de la casa de los sauces’* (Acantilado, 2018) y *‘Noches de luna rota’* (Acantilado, 2022).

## // Libroscopio

### ¿Malos o buenos tiempos para la filosofía?



ANTONIO ITURBE

Con las disputas del comercio internacional y la economía buscando aumentar el gasto en defensa, parecen malos tiempos para la filosofía. Pero, precisamente por todo eso, seguramente haga más falta que nunca. Genara Sert es doctora en Filosofía por la Universidad de Barcelona y ha trabajado en Muchnik Editores y la editorial Geoplaneta. Junto a su socio Max Vives-Fierro fundaron en el 2007 Art & Law, una consultoría de servicios editoriales y gestión de proyectos en el sector cultural y educativo. Han abierto ahora un frente editorial con dos colecciones: *Compás de Espera Libros*, dedicado a publicar obras de pensamiento, y *Compás de Espera Cuaderno de Arte*, para monográficos en torno al arte y la cultura en general.

En su declaración de intenciones afirman que “la cultura es un bien inmaterial de y para toda la sociedad, a cuya protección nos debemos; nos proponemos, precisamente, dinamizarla y mantenerla viva”. Para que me diga cómo se hace eso me pongo al habla con Genara Sert: “He crecido en un ambiente apasionado por el arte y la cultura. Somos dos socios a los que nos une el arte, como pequeños coleccionistas aficionados. Nuestra lucha es hacer la cultura atractiva y accesible, acabar con la idea de que es elitista.”

Me pregunto qué hacía una doctora en Estética en una maquinaria descomunal como Planeta. “Hay una imagen del filósofo como alguien a quien no le interesa la realidad... ¡Es al contrario! Yo es que soy muy

curiosa. Me encontré allí a otros colegas licenciados en filosofía trabajando. No es tan sorprendente: el filósofo lo que sabe es pensar bien y asesorar”.

¿Y por qué ese nombre, “Compás de espera”? Porque queremos pausar el tiempo y reflexionar, divulgar autores poco conocidos y otros textos que nos parecen imprescindibles. “No parece un gran negocio... “Has de trabajar en lo que sabes y en lo que te gusta, sin que sea deficitario. Puede dar la sensación de que predicamos en el desierto, pero hay más gente interesada en filosofía de lo que parece. Empecé en el mundo editorial y sé que ir publicando libros puede ser

una huida hacia adelante, a ver si con el siguiente se acierta. Hay que encontrar una comunidad de lectores”.

Habéis arrancado con dos filósofos nada líquidos, Adorno y Kant... “Hemos publicado *La estética de Kant* de Manuel García Morente porque encontramos su tesis doctoral de 1911 descatálogada en la Universidad Complutense, con unas conclusiones escritas a mano y fue una sorpresa grata de recuperar”.

Un proyecto editorial que arranca con mucho Adorno, con mayúscula. El concepto de autonomía del arte en Theodor W. Adorno y el volumen monográfico *Arte y Libertad*, que se dedica también a su pensamien-

to, ambos escritos por la propia Genara Sert. Hay reflexiones complejas pero muy interesantes sobre el sentido del profundo del arte y su lugar en la sociedad. Adorno acuñó el famoso término “industria cultural”, al que él le daba un cariz negativo. Considera que la democratización de la cultura es tan solo aparente y Sert señala que “la cultura se percibe todavía como algo elitista y prescindible, lo prueba el hecho de que en la actualidad su presencia en la agenda política sigue siendo marginal, cuando no prácticamente inexistente”.

Me dice que “se van consiguiendo cosas y no debemos caer en el lamento permanente, pero en la presentación de los programas



Max Vives-Fierro y Genara Sert

culturales de los políticos hay grandes palabras y buenas intenciones, aunque después el presupuesto que se invierte en cultura es ínfimo. Las ideas están bien, pero hay que ponerlas en práctica”. Le pregunto qué haría ella si la pusieran al mando... “Subiría el presupuesto en cultura y buscaría gente formada en humanidades. Es decir... ¡En humanidad!”